UN HECHO ANARQUISTA: LA LIBERACION DE ROMANO

LA ANTORCHA

Año IX — — — Número 298 | SEMANARIO ANARQUISTA | TODA CORRESPONDENCIA a DONATO A. RIZZO

Buenos Aires, Abril 23 de 1930 | Número suelto 0.10 Ctvs. — Suscripción trimestral $ 1.20 | Venezuela 4146 - U.T. 62 Mitre 3313

Dos vidas a salvar: Scarfó y Oliver

Hay existencias realmente útiles y nobles que no se revelarían jamás públicamente si algún hecho circunstancial o extraño no se encargara de descubrirlas.

El movimiento anarquista mundial es rico en personalidades de esta índole nacidas y desarrolladas al calor de un ideal, que en el más grande de los anonimatos se agitan y laboran por despertar en el mundo un ambiente de renovación y justicia sociales. Poseen un sentido de la vida y del trabajo, reconcentrado en sí mismos, y, lo que para los demás resultaría una proeza merecedora de elogios, le resulta a ellos un acto tan insignificante como el del peón que pisla una res baguala o deshollina una chimenea. Nadie las conoce, a no ser el reducido número de camaradas íntimos, porque su modestia excesiva y el total desinterés por las cosas banales y exteriores los impele a perseverar en una labor silenciosa, obscura casi, de peón ignorado que se satisface amplimente con la conciencia adquirida de que realiza una tarea útil y bellamente humana.

Una de estas existencias es la de nuestro joven camarada Alejandro R. Scarfó.

No sé si se podría decir de él que es una fuerte personalidad pues no llegaba aún a los 19 años cuando fué detenido, pero sí que era todo un carácter por la firmeza con que defendía sus convicciones idealistas. Yo que lo conocí en los distintos aspectos de la propaganda y labor anarquistas, que viví con él corto tiempo las ilusiones y las esperanzas propias de todos los jóvenes impacientes, puedo asegurar que se estaba gestando en nuestro amigo uno de esos tipos llamados a destacarse por su capacidad y contracción al estudio de los problemas sociales.

Cuando todos los muchachos de su tiempo se preocupan únicamente por el deporte embrutecedor y las cosas frívolas que pervierten los sentidos, en esa época de los 16 o 17 años en que los jóvenes viven totalmente ausentes de serias preocupaciones, justo en plena campaña de agitación por la salvación de Sacco y Vanzetti, solía frecuentar nuestros centros un jovencito imberbe, de aspecto un tanto retraído y mirada profunda, que con visible entusiasmo y preocupación trataba de adentrarse en las cosas y el fervor de nuestra propaganda cotidiana. Lo vimos por primera vez en la animada y febriciente redacción de "La Antorcha" si la memoria nos es fiel — periódico en el que trabajaba su hermano Pablo, y de entonces pudimos observar que Scarfó era un asiduo concurrente a todas nuestras reuniones. No había velada, conferencia o mitin en que no lo viéramos sumado al calor común. Posiblemente la lucha afirbrada que se realizaba en aquella época impidió a muchos compañeros apercibir la presencia de este "muchachie" entre nosotros.

Pero en cuanta labor de propaganda "spicciola" se llevaba a cabo, como dicen los camaradas italianos, lo teníamos a nuestro lado dispuesto a pasarse noches enteras haciendo expedición de periódicos o bien ejecutando la tarea de distribuir o pegar carteles anunciadores de protestas y actos anarquistas. No siendo, como no lo era, escritor ni conferencista, aunque todo revelara en él una promesa futura en ese sentido, se explican fácil algunas manifestaciones negativas que para justificarlas alegan la ignorancia de que existiera un compañero llamado Scarfó.

El asesinato de aquellos dos bravos camaradas, después de los enormes esfuerzos que se hicieron para evitarlo, debió revelarle a nuestro joven amigo una nueva cosa que, quizás, hasta entonces, no hubiese destacado para él en toda su crudeza: el odio profundo de la burguesía y el Estado hacia los anarquistas! Y él, que había visto en sus camaradas hombres dignísimos por sus procedimientos altruístas y justos, habrá apresurado el proceso evolutivo en sí mismo que lo volcó decididamente a nuestro lado.

Observador sagaz y estudioso a la vez, con unas grandes ansias de libertad, tanto mayores cuanto más iba comprendiendo el significado de nuestras ideas, trabajador incansable al mismo tiempo, independizóse de la tutela del hogar para dedicarse al aprendizaje de una profesión que le permitiera subvenir a sus necesidades: la electro-técnica. Sus estudios los alternaba con la participación directa en cuanta manifestación anarquista tenía lugar y el contacto permanente con los compañeros le permitió crearse un carácter propio, de iniciativa, que lo evidenciaba como un camarada consciente de lo que hace y lo que desea.

En esta tarea de auto-capacitación lo sabíamos, cuando nos sorprende la noticia de su detención junto con el compañero Gómez Oliver.

En su habitación fué hallado, a estar a las informaciones de la prensa, todo un arsenal de materias explosivas con las pruebas evidentes para realizar un atentado contra la vida de Hoover, presidente electo de Estados Unidos, a la sazón visitante de este país.

Más tarde resulta acusado, junto con otros cuatro camaradas, de haber realizado un atentado a la Catedral, produciendo accidentalmente la muerte de un transeunte.

Y ahora el Fiscal del crimen pide para Alejandro Scarfó la pena de prisión para toda la vida!

Frente a esta monstruosidad legal no queremos saber nada de su participación en los hechos o de su inocencia. Todo parece indicar que la reivindicación de su anarquismo ante la policía y la justicia determinó tan inhumano veredicto. Esto nos basta a nosotros, sus amigos y compañeros, para apreciar más su integridad moral y determinarnos a luchar por el rescate de su libertad.

De una vida joven así, adolescente casi, no podrán esperarse hechos más cuantiosos ni más ejemplarizadores.

Ahora, allá en su encierro, tenemos la absoluta certeza, permanecerá con el vivo recuerdo de sus camaradas libres, y en el aislamiento de su celda pensará en su vida que se le esfuma lenta y sombría, cuando en la calle se le ofrecía sonriente y con infinitas posibilidades de afán y lucha. Los que en libertad lo conocimos y vivimos con él la vida azarosa e incierta de todo revolucionario, cumplimos un deber de leal solidaridad hacia el compañero y sus actos poniendo de relieve sus cualidades profundamente anarquistas.

Amador.

CARTELES — El Perdón

Irigoyen ha indultado a Radowitzky. Tan fatal como caer presos, es que nos hagan la gracia de libertarnos. Ni de una ni de otra cosa, somos culpables nosotros. Estrechemos a Simón en nuestros brazos y no tengamos vergüenza en llorar de dicha. A aquellos que estamos hechos a encarar el mal cantando, el bien nos arranca lágrimas. Y es mucho bien Radowitzky libre!

Irigoyen lo ha indultado. Quiere decir que aquel hombre que, de ser como Falcón, jefe de Policía, hubiera igual masacrado al pueblo, presidente, perdona al héroe de los trabajadores; que el responsable directo de las horrendas matanzas de Santa Cruz y la semana de Enero, nos hace el dón de la libertad del mártir por quien peleamos veinte años, caímos cientos de nosotros, sufrimos todos tanto... Digamos derechamente lo que esto implica: no es arrepentimiento ni bondad ni justicia. Es miedo, politiquería y cinismo.

De estos tres menjunge es turbios está hecha esta asquerosa droga que no queremos tragar; que escupimos a la cara de Irigoyen: el perdón. El perdón es la ofensa más siniestra y más injusta que puede inferirse a un hombre. Jesús clamando a su PADRE que perdone a sus sicarios, infama a éstos por los siglos de los siglos, los torna irredimibles. Y poniendo su mejilla para que lo bese Judas, lo que hace es castigar su traición, condenarlo, decirle que vaya a ahorcarse.

Entre iguales no hay perdón. Hay comprensión o lucha. Y sólo de estos dos nervios, tensos y alertas dentro cada uno, puede surgir la dignidad de todos, el respeto hasta a la libertad de equivocarnos. El que perdona una injuria o besa la mano con que le azota, me humilla más que si me abofeteara.

Pero, quizás estamos exagerando. A lo mejor no es a Simón Radowitzky que ha perdonado Irigoyen, sino a sí mismo. Se ha perdonado la vida. Al firmar aquel indulto ha creído acorazarse contra algún Marinelli futuro.

Sí. No. Como a él se le antoje. Cuanto a nosotros, no somos tan infames ni tan cretinos para perdonarle nada. Nunca!

R. GONZALEZ PACHECO.

Manuel Gómez Oliver es una vida joven aún.

Nacido en una aldehuela española, debió dejar transcurrir su juventud en medio de un ambiente sencillo, exento de superfluidades y cosas vanas, como son todos aquellos medios campesinos donde la vida no ha sido contaminada por las artificiales costumbres de la civilización.

Su adolescencia fué como la de todos los hijos de campesinos pobres. Vivida en medio de estrecheces y privaciones y obligado a ejecutar tareas rurales desde su más temprana edad.

Llegada la época en que la patria exige a la juventud su entrega total para amaestrarla en el manejo de las armas, Gómez Oliver, como todos los jóvenes que ignoran el por qué de los actos buenos o malos de los hombres, debió alistarse en el ejército y marchar a la guerra de Marruecos: guerra de predominio y de conquista como todas las guerras.

Posiblemente fué allí donde por primera vez se presentaron ante su vista todos los horrores y aberraciones de los hombres. Quizás la guerra, en la que debió tomar parte forzosamente, le demostró elocuentemente la inutilidad del sacrificio humano cuando no se sabe por qué ni para qué se lucha. Y pensando, acaso, que ese enorme mal y ese monstruoso crimen era imputable únicamente al país donde había nacido, tentado quién sabe si por las leyendas que en Europa presentan a estos continentes como una garantía de paz y bienestar para cuantos se dedican a un trabajo fecundo y útil, se aventuró a conocer nuevos países, los de América.

La mayoría de los inmigrantes que acuden a este país, la Argentina, como ocurrió con quien escribe estos apuntes, vienen con la certeza de encontrar fácilmente lo que sus pueblos de origen no pudieron proporcionarle: trabajo, pan, libertad. Muchos son los factores que abonan esta general creencia. La Argentina, sobre todo, se presenta a los ojos de los jornaleros europeos como una tierra santa de promisión en la que no hay más que desearlo para ser felices.

Pero Oliver, que es de aquellos hombres que pasan por la vida estudiándola y comprendiéndola, vió bien pronto que esta América que él había soñado llena de grandezas se asemejaba en un todo a los horrores que en su país había podido contemplar. Notó que constituía un enorme feudo donde la explotación y la miseria más atroces hincaban su garra en las carnes doloridas de los proletarios. Comprendió, en fin, que habiendo venido huyendo de los horrores de la guerra y de la estrechez económica se había topado de bruces con una realidad tan brutal, capaz por sí sola de sublevar todo espíritu sensible a la iniquidad y al dolor.

Había visto ya bastante para apercibir dónde radican las raíces de todo el malestar social; observó que éste era un problema general extensible a todos los países, y que no había posibilidad de substraerse dignamente a él ni amenguarlo por los esfuerzos puramente personales.

Amante de la lectura, Gómez Oliver llegó a adquirir el conocimiento de que existían muchos hombres dedicados a una tarea tendiente a ennoblecer la vida; y esto lo condujo rápidamente a trabar conocimiento personal con algunos camaradas anarquistas. Su cerebro se esclareció y la vida se le presentó entonces bajo nuevos aspectos y con una mayor amplitud de horizontes. Y decididamente se volcó a nuestro lado, hízose el compañero obrero tan común a nuestros ambientes. De entonces acá, hará de esto unos cuatro años, Oliver estuvo con los camaradas anarquistas en cuantas ocasiones las actividades de la propaganda lo requerían.

Si nuestro compañero no era de aquellos que se destacaban por su labor en los periódicos o en las tribunas, era en cambio un tenaz animador de cuanta huelga o agitación se realizaba por las mil causas de justicia que los anarquistas toman en sus manos. El cuadro 5.° del departamento de policía y el depósito de contraventores de Villa Devoto pueden dar fe del carácter de militante anarquista que era el compañero Gómez Oliver. En cuanta "razzia" policial se llevaba a cabo en los últimos tiempos contra nuestro movimiento, él era candidato al odio cerril de los mastines azuzados por el siniestro Santiago.

Pero todo ello, persecuciones, detenciones y amenazas, pérdida con frecuencia del trabajo y la consecuencia obligada de la miseria y el hambre que ello acarrea, no logró nunca amilanar el ánimo combatiente y rudamente audaz de nuestro compañero, que supo afrontar siempre con valor personal estas situaciones que el enemigo común le creaba. Era, pues, Oliver, uno de esos peones obscuros de la anarquía, cuya preocupación esencial constituye la propaganda. Por ser tal y no por otra cosa, es que la justicia criolla pretende sepultarlo vivo en la prisión para todo el resto de su vida. La audacia temeraria de afirmar sus convicciones anarquistas frente a los "dignos magistrados" que encarnan la justicia de este país constituye, sin duda, un agravante poderoso para que vuelquen sobre él todo el odio de que están animados los jueces "probos y rectos" que definitivamente han de juzgarlo.

Su vida, lo mismo que la de Scarfó, con quien convivió durante algún tiempo por la afinidad que los ligaba en ideales y propósitos, estaba toda ella consagrada a la defensa de un ideal por el cual tantos compañeros han sucumbido en prisiones y patíbulos, o bajo el plomo estatal en las calles.

Para nosotros, que nos sentimos hermanados con los prisioneros en sus ideas y en sus hechos, constituye la pena pedida de prisión perpetua una aberración jurídica que no podemos aceptar sin sublevarnos y en silencio. Y al destacar aquí, de una manera pobre y deshilvanada quizás, pero rigurosamente sincera y exacta, las dos vidas ejemplares de Scarfó y Oliver, lo hacemos con el vehemente deseo de contribuir de una manera práctica a la campaña que por su liberación, junto con los demás compañeros procesados, han iniciado los camaradas anarquistas de la Argentina.

Lo mejor que podemos hacer por ellos y por nuestros ideales es imitar sus vidas de ardientes revolucionarios, de luchadores honestos y silenciosos, que perdieron su libertad en plena juventud porque tenían fe en la vida y esperanzas en la anarquía.

Amador.